

Carlos de Sigüenza y Góngora

Laura Benítez

Sin duda una de las figuras señeras del México colonial es la de don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), criollo mexicano y moderno hombre de ciencia quien desarrolló parte de su actividad intelectual en la Real y Pontificia Universidad de México, “la Atenas mexicana”, como el autor la denomina en su *Triumpho parthénico*.

Don Carlos nació en 1645 y en 1660 ingresó al Colegio de Tepozotlán de la Compañía de Jesús, donde muy probablemente aprendió lenguas indígenas. Pasó después al del Espíritu Santo en Puebla, del cual salió en 1667. Su separación de la Compañía no menguó su vocación sacerdotal, ordenándose en 1673. Al mismo tiempo se dedicó al estudio de las matemáticas y obtuvo la cátedra de Matemáticas y astronomía, en 1672, en la Real y Pontificia Universidad de México. A partir de ese momento, Sigüenza leyó cátedra desde esa fecha hasta casi el final de su vida; con todo, sus múltiples ocupaciones y cargos le impidieron cumplir esta obligación en forma asidua. En efecto, existe constancia de las multas impuestas a nuestro ilustre criollo nacionalista por no asistir a la lectura de la cátedra. Este no es, sin embargo, sino un detalle anecdótico frente a la importancia del erudito barroco, quien es uno de los primeros autores que sienta las bases de nuestra conciencia nacional. Así, refiriéndose a sus compatriotas dedicados al estudio exclama:

Floridísimos ingenios mexicanos, alumnos de Minerva, gloria de nuestra patria, envidia de las ajenas, basta ya de silencio, llegue vuestro nombre en vuestros escritos a las naciones remotas para que venerado en vuestras voces, vuestras heroicas grandezas, vuestros estudiosos desvelos, vuestras gloriosas fatigas [...] ¹

Sigüenza mismo da testimonio de su quehacer académico, al tiempo que expresa su nacionalismo en el campo de la ciencia:

Además de esto, hallándome yo en mi patria con los créditos tales cuales, que me ha granjeado mi estudio con el salario del rey nuestro Señor, por mi ser su catedrático de matemáticas en la Universidad Mexicana, no quiero que en algún tiempo se piense que el reverendo padre vino desde su provincia de Baviera a corregirme la plana. ²

Se trata del padre Eusebio Kino y “la plana” es la disputa cometaria. Son los hombres de ciencia, las instituciones académicas sólidas del país, las que dan crédito y fama a la nación que, en astronomía y matemáticas está, para Sigüenza, a la altura de cualquiera del mundo.

Sigüenza reconoció el valor propio y el de sus compatriotas y buscó poner al descubierto el prejuicio de que sólo la ciencia extranjera es valiosa. Por otro lado, defender sus puntos de vista en astronomía era darle crédito y valor a la Universidad de la cual era profesor, es decir, a la Real y Pontificia Universidad de México, antecedente remoto de nuestra Universidad.

Así lo he hecho por parecerme que no sólo a mí sino a mi nación descreditaría con el silencio si, calificándome de trabajoso juicio y objeccionándome el que sólo estaba enamorado de las astrosas lagañas y oponiéndome al universal sentir de altos y bajos, nobles y plebeyos, doctos e indoctos, disimulase yo con tan no esperada censura, supuesto que dirían con razón, cuantos leyesen sus escritos, que tenían en la Universidad Mexicana, por profesor público de las matemáticas, a un hombre loco que tenía por opinión lo que nadie dijo.³

La disputa cometaria con el padre Kino adquirió un tono acre; sin embargo, en relación con los fines de esta semblanza, nos permite ver la conciencia de Sigüenza sobre el valor de sus conocimientos matemáticos y astronómicos, y el reconocimiento que tiene por la institución universitaria como universidad mexicana, tan digna e importante como cualquiera del mundo. Así, Sigüenza no fue únicamente un catedrático más de nuestra Universidad sino un científico e historiador que buscó perpetuar el nombre de la Universidad mexicana no sólo mencionando las obras de su comunidad académica sino mostrando la importancia del conocimiento que se generaba en ella.

A partir de haber concursado y obtenido la cátedra de matemáticas se inició la productiva carrera intelectual de don Carlos, quien escribe primero el *Teatro de virtudes políticas*, en que se revela su interés por la política práctica así como su conocimiento de la historia indígena. En el año 1680 escribe el *Manifiesto filosófico contra los cometas* y la *Libra astronómica y filosófica*, escritos a través de los cuales podemos apreciar su modernidad científica y filosófica. Hacia 1682, don Carlos escribe el *Triumpho parthénico*, en que no sólo da testimonio del clima intelectual de su época sino que es uno de los textos en donde mejor se plasma su nacionalismo.

Por otra parte, como historiador, Sigüenza cuenta con una amplia producción; así, “El mercurio volante con la noticia de la recuperación de las provincias del Nuevo México”, “Alboroto y motín de México, del día 8 de junio de 1692”, “Piedad heroica de don Fernando de Cortés Marqués del Valle”, “Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento”, “Trofeo de justicia española en castigo de la alevosía francesa”, etcétera. Como puede apreciarse por los títulos, estas obras son realmente crónicas y algunos han pensado en ellas como antecedentes remotos de la información periodística. Sin embargo, es importante subrayar

que, por la metodología crítica, los contenidos, y los juicios de valor allí vertidos, puede decirse que la importancia historiográfica de estos escritos va más allá de la de informes comunes para constituirse en fuentes obligadas del conocimiento del México colonial.

Además de estas obras de carácter laico, Sigüenza escribe una crónica conventual: el *Paraíso occidental* en el que, aparte del contenido estrictamente religioso, da en el prólogo valiosas recomendaciones metodológicas para escribir historia.

Aunque fue una de las tareas en que obtuvo mayores logros, Sigüenza no se limitó a la de historiador sino que, atento a los acontecimientos de su tiempo, vio en las incursiones extranjeras en América el debilitamiento de la corona española y previno al rey sobre la necesidad imperiosa de proteger estratégicamente las tierras mexicanas. Así, expuso en el *Memorial* la importancia de la Bahía de Panzacola para proteger el Golfo de México, texto en el que destacan su juicio y previsión políticos.

Los últimos años de la vida de don Carlos transcurren al finalizar el siglo XVII, época en que los Habsburgo ocupan todavía el trono de España. Una piedra en la vejiga puso fin a la vida de tan ilustre mexicano el día 22 de agosto del año 1700.

Después, cortejado por el claustro universitario, por el Santo Oficio, del cual a últimas fechas había sido nombrado corrector general de libros y por los congregantes de Sn. Pedro, le dieron los padres de la Compañía, cristiana sepultura en la capilla de la Purísima, del lado de la epístola y al amparo de la virgen Dolorosa que, según sus propios términos, fue su consuelo y el refugio a que se acogió en su larga y penosísima enfermedad.⁴

¹ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Triumpho Parthénico*, Prólogo de José Rojas Gardueñas. México, Editorial Xóchtli, 1945, p. 40. (Biblioteca mexicana de libros raros y curiosos)

² Carlos de Sigüenza y Góngora, *Libra astronómica y filosófica*, presentación de José Gaos, edición de Bernabé Navarro, México, UNAM, Centro de Estudios Filosóficos. 1959, p. 6.

³ *Ibid.*, p. 151.

⁴ Francisco Pérez de Salazar, *Obras de Carlos de Sigüenza y Góngora con una biografía*. México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1928, pp. LXXXIV-LXXXV.